

# Tarta de manzana

Desirée Ruíz Pérez



La recuerda pequeña y frágil, con sus enormes ojos acuosos y azules contemplando la vida con interés despreocupado de espectadora distante, los cabellos oscuros recogidos en la suave nuca, el cuello delicado como un tallo fresco permanentemente expuesto a la fatalidad.

Solía hornear deliciosas tartas de manzana que desprendían un olor a fiesta, a delantales ribeteados de cerezas y a cocinas de madera estilo provenzal; a ropa blanca tendida en cuerdas altas frente a prados verdes. Olor a sencilla felicidad. Sin embargo, ella jamás había celebrado fiestas ni divisado desde su ventana verdes prados, sino chimeneas industriales

a través de la herrumbre de las rejas; la cocina era un cuartucho oscuro y grasiento, y el día en su hogar amanecía invariablemente silencioso y gris.

Él se sentaba en la banqueta del rincón, con un libro abierto sobre sus rodillas despellejadas por las caídas y los desafortunados juegos infantiles, y la observaba pelar la fruta roja mientras esperaba ese gesto amoroso de la mano en su pelo. Cuando ella se marchó, el olor a tarta de manzana desapareció y con él la sencilla felicidad.

Han pasado casi cincuenta años desde que su madre lo abandonó, un abandono que hizo propio y exclusivo, arrebatándolo al padre siempre ausente al que nunca quiso como tal. Y aunque sigue sin comprender cómo pudo, cómo tuvo entrañas para arrancarse de su lado, su recuerdo aromático y dulce lo acompaña allá donde va, preñado de un rencor violento y culpable.

Hoy es sábado y desayuna con unos amigos en la cafetería de un barrio diferente al habitual. Se acaba de separar de su mujer y necesita renovar su vida, redecorar sus escenarios, tal vez sus personajes. Por eso está aquí, en un lugar afrancesado y bohemio, sentado a una mesa de forja y mármol.

Junto a ellos, una anciana toma un café con leche pausada, lentamente. Él se fija en ella, quizá por su

soledad, quizá por esa fragilidad enternecedora que la envuelve, tan pequeña, tan indefensa. Lleva un abrigo de paño negro con apliques en piel rodeando su delicado cuello; el cabello, completamente blanco, se mantiene admirablemente recogido en un moñito con una redecilla negra, en un trabajoso esfuerzo por conservar la femineidad que se le escapa con la vida; los ojos acuosos, enormes y azules, lo contemplan todo con una sonrisa permanente en los labios delgados. Hay algo en ella que le resulta tan familiar, que una cruel angustia se apodera de él, al tiempo que se levanta y se sienta junto a ella.

— Buenos días, señora. ¿Cómo se encuentra?

Ella le sonrío, con una pasmosa ingenuidad en su mirada vieja, y entonces se acerca un camarero y le tiende solícito un pequeño paquete.

— Aquí tiene, señora, lo de siempre.

Ella se levanta con cierta dificultad.

— Yo la invito.

Nuevamente una sonrisa y se marcha despacito, con su paso pequeño y acompasado.

— ¿Qué llevaba la señora? — le pregunta al camarero.

— Lo de cada día — responde mientras retira la taza —. Tarta de manzana.